

## INMOVILIDAD DE EL TIEMPO.

### I.

Para la generalidad el Tiempo es *móvil*. ¡Qué error! Platón mismo lo definió así: *imágen móvil* de la *inmóvil* Eternidad;—à lo que podemos decir que el error tiene canas. Si la eternidad del Tiempo es *inmóvil*, claro es que el Tiempo *no se mueve*, pues la eternidad no es sinó el Tiempo absoluto. Y es que el espíritu de la generalidad, *victima de la impresion exterior*, confunde el *movimiento* de rotacion y traslacion de la Tierra al rededor del Sol con el Tiempo absoluto. ¿Dónde está el movimiento universal? ¿en los astros, ó en el Tiempo y el Espacio? En los astros. Haced un *tour de sprit*, considerad à los astros *inmóviles* en la inmovilidad del Tiempo y del Espacio,—y contestadnos entónces si es el Tiempo el *que se mueve*. El movimiento es hijo de la fuerza y la fuerza hija de la materia; si el tiempo absoluto es *inmaterial* ¿cómo puede *moverse* para nuestros sentidos? Imposible!

### II.

He ahí la Tierra ó mundo que habitamos.

Para los sentidos, nuestro planeta está *inmóvil*, y solo gira el Sol en el Tiempo y el Espacio.

¡Qué creencia tan errónea!

Este globo, de 3,000 leguas de diámetro, no está *inmóvil*. Lanzado al Espacio en un movimiento incesante de rotacion y traslacion en torno del Sol, su rapidez es tan prodigiosa que la celeridad de nuestras mejores locomotoras parece el paso de una tortuga, si se compara con la suya. Baste decir que en su carrera vertiginosa recorre 27,500 leguas por hora.

¿En dónde está, pues, el movimiento universal, en los astros ó en el Tiempo y el Espacio? Quién *anda*? quién es el *inmóvil*? ¿O acaso *andan* todos à la vez, los astros y el Tiempo?

Lo primero es concebible: basta solo fijarnos en el *movimiento aparente* del Sol.

Lo segundo, es inconcebible, porque *el Tiempo del Espacio* (la Eternidad) es tan *inmóvil* como el Espacio mismo *cuyo es, és*; ó cuyo ser, és.

### III.

Ese movimiento de la Tierra, que acabamos de indicar, tiene sus análogos en la serie de los demás planetas. Dirigiéndose hácia el Sol—dice Flammarion, à quien extractamos,—se encuentran los planetas Venus y Mercurio. El primero describe una órbita de 172.600,000 leguas, y su año tiene cerca de 225 dias. Para efectuar su *movimiento* en este período de *su duracion* EN EL Tiempo y el Espacio, necesita recorrer 32,490 leguas por hora, ó sea 772,585 leguas por día. El segundo, Mercurio, tiene un *movimiento* mayor,—porque los movimientos planetarios llegan à ser tanto más rápidos cuanto más se acercan al Sol. Así es, que mientras la velocidad de la Tierra por segundo es de 30,550 metros, y la de Venus de 36,800, la de Mercurio es de 58 mil metros. Animado de esta celeridad, este último planeta recorre 52,520 leguas por hora, 1.260,000 leguas por día, y en el período de 88 de nuestros dias, ha recorrido su órbita entera de 111 millones de leguas.

La órbita de Marte presenta un desarrollo total de 362 millones de leguas de 4 kilómetros, y la velocidad *média* de su *movimiento* es de 22,000 leguas por hora. Y decimos *velocidad média* (término aplicable à todos los mundos), porque cada planeta voga tanto más à prisa, cuanto más cerca se encuentra del Sol; lo que sucede en la época del perihelio de cada una de sus revoluciones, que no son rigorosamente circulares, como es sabido, sinó que se acercan más ó ménos à la forma elíptica.

Júpiter emplea la duracion de 12 de nuestros años para describir su curso orbitario, igual à 1,214 millones de leguas,—y la velocidad de su *movimiento* es de 41,675 leguas por hora, 280,200 por día.

El camino recorrido por Saturno, en su año de 10,760 *dias* ó movimientos rotatorios, es de 2,287 millones y 500 mil leguas.

—y la velocidad média de su *movimiento* es de 212,600 leguas por dia.

El desarrollo de la órbita de Neptuno presenta una *extension* en el Espacio de 7,170 millones de leguas,—y la velocidad de su *movimiento* sobre esta órbita que recorre en 164 años, es de 20,000 kilómetros por hora.

Innumerables planetas ó cuerpos pequeños del tamaño de una provincia, giran tambien en derredor del Sol,—y la velocidad média de su *movimiento* es de 16,200 leguas por hora.

Los satélites, en fin, son *arrebatados* por sus planetas en la traslacion de estos alrededor del Sol, y por el mismo *movimiento*: además se *mueven* con rapidez en derredor de estos planetas. La luna, por ejemplo, circula en una órbita alejada de nosotros 96,700 leguas, acercándose en su *movimiento* rotatorio y traslatorio hasta 91,000 en su perigeo, y alejándose à más de 100 mil en su apogeo.—tardando en recorrerla 27 dias, 7 horas, 43 minutos y 44 segundos de duracion en el Tiempo.

Vése, pues, que *revolotean* en el Espacio, Tierra y Luna, planetas y satélites etc. con una celeridad, de la cual no puede darnos idea ninguna velocidad sensible. Asi se *mueven* todos los astros en el Tiempo y el Espacio, con duracion propia y extension propia en ese espíritu puro que los materialistas denominan enfáticamente el *vacio*!!—Todo lo creado se *mueve* en lo *inmóvil* é increado Tiempo y Espacio. Las estrellas llamadas *fijas* hasta aquí, se hallan animadas de la mayor rapidez que se conoce: tal estrella que nos parece fija en una constelacion, Arcturo, por ejemplo, *vaga* en la inmensidad del Espacio con una velocidad de 21 leguas por *segundo*: tal otra estrella, la 61.<sup>a</sup> del Cisne, se *mueve* en el Espacio con una rapidez de 18 leguas por segundo: tal otra, la Cabra, *corre* con una velocidad de 11 leguas y media por segundo: tal otra, en fin, como Sirio, se *mueve* con la celeridad de más de 9 leguas en la misma unidad de duracion en el Tiempo.

De manera—que sin conocerlo—somos movidos en el Espacio con diversas velocidades: 303 metros por segundo, á consecuencia del *movimiento* de rotacion á la latitud de Paris; 30 000 metros por segundo, á consecuencia del *movimiento* de tras-

lacion de la Tierra al rededor del Sol; y 8,000 metros por segundo, á consecuencia del *movimiento* de traslacion del Sol en el Espacio, cuyo *movimiento* arrastra con el astro central todos los cuerpos que le pertenecen.

Véanse, pues, sin contar los secundarios, tres *movimientos* principales que nos empujan en la inmovilidad del Tiempo y el Espacio sin tréguva ni reposo.

## IV.

Ahora bien—¿nos *movemos* nosotros, astros, personas y cosas en el Tiempo y el Espacio, ó se *mueve* el Tiempo y el Espacio? El dilema lo resuelve la razon en el primer sentido.

Contraigámonos á la Tierra: cada *movimiento* suyo rotatorio en el Tiempo y el Espacio se llama DIA; cada *movimiento* suyo traslatorio ó de traslacion al recorrer su órbita, se llama AÑO; y cada cien *movimientos* suyos traslatorios, SIGLO.

Y al dia, y al año, y al siglo llamáis Tiempo!!

¿No veis que confundis desdichadamente el *movimiento* de la Tierra con lo que es esencialmente inmóvil, el Tiempo,—en cuyo seno espiritual y el del Espacio, *tiene lugar* ese movimiento y todo movimiento universal habido y por haber?

## V.

Decidid.

¿Quién está en un error? nosotros que constituimos *una sola inteligencia*, ó toda la humanidad? En la via de la razon pura ¿quién viene á estar en desviacion, una sola inteligencia ó todas las inteligencias pasadas y presentes?

Si sucede lo primero, inclinaremos la frente con la satisfaccion de ver desvanecida una duda más de nuestro criterio; pero si sucede lo segundo, vuestra *vergüenza* debe ser horrible para con vosotros mismos, sábios de pega!!

Decidid, pues! Decidnos por parte de quien está el sofisma que oscurece una gran verdad!

## VI.

Pero—no nos contestareis una palabra, pues la luz esplendorosa de nuestra afirmacion que alumbra los abismos tenebro-

sos de vuestra *sabiduría*, no puede brillar con más claridad.

No puede brillar con más claridad, —por que si la tierra *suspendiera* sus incesantes movimientos de rotacion y traslacion (à lo que inconscientemente llamais Tiempo), no habria *días*, ni habria *años*, ni habria *siglos*, —y sin embargo, veriais que habria *Tiempo* (ó es del Espacio) sin días, sin años, sin siglos, esto es, sin *movimiento* terráqueo!!—¿Queréis vuestro error mas demostrado?

Llamar al movimiento ó vida de los astros Tiempo, es inconcebible, —puesto que eso no es más que la *duracion* de aquellos en el Tiempo absoluto ó verdadero, como nuestra autonomía ó vida no es sinó *duracion* individual ó personal EN EL espíritu purísimo Tiempo y Espacio, naturaleza de Dios!

VII.

Sabios de relumbron (1) — sacad vuestro reloj y miradlo: ved como GIRA la rueda

(1) Tenemos á la vista los *Principios analíticos de la Doctrina del Tiempo*, escritos por don Nicolás Salmeron, presidente que fué de la ex-república española; —en los que confunde deplorablemente el tiempo relativo (vulgo duracion) con el Tiempo absoluto (vulgo eternidad). No puede darse cosa mas incomprensible, pesada y detestable que semejante estudio. «El entendimiento y la fantasía —dice— no alcanzan á comprender ni á representar el tiempo sinó particular y relativo...» ¿Y es relativo ó absoluto—le preguntamos—el *es, yo, ser* ó tiempo del Espacio, cuando todo *es* es en su *es*, todo *yo* en su *yo* ó entidad de ser, y toda duracion en su eternidad de ser?—«El tiempo—dice en otro pasaje—se ofrece matemáticamente como pura *continuidad en sí...*» Y mal puede ofrecerse el Tiempo como pura continuidad en sí, porque siendo auténticamente *inalterable* carece por lo mismo de sucesion: por el contrario, todo lo creado *es continuidad en él* y el Espacio (vulgo cielo). La continuidad de una cosa, implica *partes* ó susceptibilidades de *interrupcion*; y es así, que la eternidad del Tiempo ó el Tiempo de la eternidad, no tiene partes porque no entraña modalidad, ó movimiento, ó *estados* como menciona el Sr. Salmeron, luego ¿cómo puede ser *continuidad* ni aún de sí mismo? El Tiempo, propiamente dicho (que es el absoluto), es el eterno *es* de todo *es* accidental ó relativo (duracion), consustanciado con el Espacio, del cual es su *yo*, expresándonos alemanescamente.

Seguir al Sr. Salmeron en el *yo*, y modalidad del *yo*, etc., es la mar!!... cuando tratándose del Tiempo, no hay *yo*, sinó *es*; ser ó no ser en fin — en su *es* ó ser. En una palabra: los absurdos de este sabio no pueden ser más evidentes, pues dá al Tiempo *estados* ó modo de ser en el individuo, confundiendo la vitalidad ó movimiento de ser de la persona en el Tiempo, con el Tiempo mismo ó inmovilidad del *es* del Espacio, en que todo lo creado *es*, con su modalidad de ser ó movimientos autonómicos y autotélicos de ser.

Llega la aberracion de este sabio—nada ménos

catalina ó el volante y marca uno, dos, tres, cinco, veinte minutos de vuestra propia *duracion* en el Tiempo, tan inmóvil como el Espacio.

¿Quién *anda*, quién *pasa*, quién *se mueve*, la rueda catalina ó el Tiempo?

La rueda catalina: ahí está á vuestra vista andando, pasando, moviéndose en la inmovilidad del Tiempo. Luego ¿dónde está el *movimiento*?

Para que el Tiempo fuera móvil y no el reloj que nos marca nuestra duracion individual en su inmovilidad, seria preciso lo contrario: seria preciso, por ejemplo, que la rueda catalina ó el volante estuviera inmóvil y que el Tiempo *moviéndose* fuera marcando en la esfera de nuestros relojes esos minutos, esas horas de nuestra propia duracion, de nuestra propia existencia, de nuestro propio *es* en su ES SUPREMO.

Y no se nos venga diciendo que confundimos el Tiempo con la eternidad, puesto que la eternidad no es sinó adjetivo del sustantivo Tiempo, del mismo modo que la inmensidad no es sinó adjetivo del sustantivo Espacio,—y ámbos, Tiempo y Espacio, un espíritu purísimo, eterno é inmenso!

BENITO VICETTO.

Ferrol, octubre de 1875.

—o es—

LA FLOR DE AMOR MISTERIOSA...

Á JUANITA LAURIDO.

¡Sueños y quimeras son las dichas del corazón!  
E. A.

Yo te ví flor misteriosa,  
á la orilla deliciosa  
de un río que manso suena  
y baña con linfa undosa  
la verde campiña amena.

que catedrático de metafísica de la Universidad de Madrid,—hasta confundir al Tiempo con la temperatura, clasificándolo de *verdadero*, de *bueno* y de *bello*;—aberracion que nos recuerda la *famosa* de aquel arzobispo de Compostela, Sr. Garcia y Cuesta, que cuestionando con nosotros *ad hoc*, nos decia muy orondo:

—Calle V., hombre! si el tiempo no es más que la duracion de las cosas!

A lo que se le podia replicar en buen salamanquino:

—Pero, señor sabio; si la duracion es *ser*, entónces segun V. el Tiempo es nada ménos que *el ser* de las cosas!!

Habia *creido* decir poco el buen macoterano, y lo decia todo!!! *cayendo de cabeza* dentro de nuestra afirmacion, relativa á la naturaleza del Sér Supremo, Tiempo y Espacio.

Yo te ví, tan bella y pura  
cual las cintas que pasaban  
murmurando en la espesura,  
donde su aroma arrojaban  
rosas llenas de frescura.

Yo te ví... daba á mi mente  
tu capullo de oro y nieve  
dulce encanto... dicha ardiente,  
cuando el aura beso leve  
estampaba en nuestra frente.

¿Te acuerdas?... la noche oscura  
estendía su ancho manto,  
y del valle en la espesura  
modulaban con ternura  
las aves su triste canto.

Oh! qué dicha...! el grato arrullo  
de la brisa me alhagaba,  
y tu mágico capullo  
su perfume me brindaba,  
por mi gloria... por mi orgullo.

¡Qué feliz yo te veía  
linda flor de mis amores!  
¡qué gigante me sentía  
cuando al sol de tus colores  
mi entusiasmo renacía...!

Ay! perdí tanta ventura  
y tan dulce arrobamiento...!  
La alma flor de mi ternura  
ya no brilla ni un momento  
en la márgen fresca y pura.

Oh! volved todos á mi...  
dadme el aliento divino  
de la rosa que perdí,  
la de matiz purpurino,  
la de cándido rubi.

Y si no quereis volver,  
respetad mi sentimiento:  
acaso sienta placer  
amando hasta enloquecer  
á la flor de mi tormento.

ANTONIO DE PAZOS Y VELA-HIDALGO.

Santa Margarita, 1875.

## TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

### LA INFANZONA DE MESÍA.

#### I.

##### El hidalgo de Codesoso.

La historia que vamos á referir es una de las tradiciones que más se cuentan en las montañas de Galicia y que sus sencillos habitantes escuchan de niños con terror para referirla de viejos á los que nacen: es una de esas tradiciones de la edad media que nunca parecen en el país y que se transmiten de generación en generación como á través de los huracanes destructores, sostienen las montañas los castillos ruinosos que fueron teatro de esas escenas y peripecias de la época del feudalismo.

Entre las antiguas ciudades de Santiago y Lugo y á ocho leguas de distancia de la primera y seis de

la segunda, existe la mezquina villa de Mellid, cuyas innobles casas y calles contrastan malditamente con su magnífico convento de San Francisco de admirable arquitectura. Un poco más de una legua al Norte de este pueblo, se levanta una cordillera de montañas que llaman el Bocelo, como si fuera una barrera que ha interpuesto Dios entre él y el gigantesco monasterio de Sobrado de los Monges, ese coloso edificio de tres cuerpos paralelógramos, que visto desde el alto de Carelle, se asemeja á una gran ciudad perdida en lontananza á fuerza de prolongarse, y que aun hoy día, alzado allí, orilla de la inmensa laguna donde nace el Tambre, y á pesar de hallarse casi reducido á escombros, revela que fué el primero de cuantos existieron en Galicia, tanto por su riqueza y esplendor como por lo maravilloso de su construcción medio goda y medio bizantina. Pues entre esta derruida mole y las mencionadas montañas se halla una gran casa de estructura grosera, de piedra sin labrar, que pertenece al prior de Codesoso y que en el siglo XV, época en que acaecieron los sucesos que vamos á referir, era solar de un pobre hidalgo que muriendo sin sucesión, legó á la iglesia su pequeña hacienda. Desde entonces, á fuerza de revocarla, la que ántes era fortaleza degeneró en casa, pero no en una casa magnífica por el estilo de esas quintas que se ven á pocas leguas de las grandes ciudades como hubiera hecho un propietario de gusto, sino en un caserón irregular, de paredes negras y miserable perspectiva.

El hidalgo de que hemos hecho mención, pertenecía á la antigua cuanto olvidada familia de los Perez de Senra: era alto, seco, decididor y más amigo de las orgías que de las lides: detestaba á los bernardos de Sobrado aun sin conocerlos; no quería que le hablasen de religión ni de nobleza, porque para él lo mismo era el monge que el soldado, el noble como el pechero. Solía concurrir mucho á los torneos que se celebraban entonces tan á menudo, pero no se crea que iba á guisa de peleador, haciendo alarde de su caballeresca traza armado á usanza de la época, pues era hombre que había mandado vender los arneses que heredara de sus abuelos por si teniéndolos delante le entraba alguna vez la tentación de ir á las justas ó batallas. El tal hidalgo no salía nunca de su gaban negro, su chaleco de raso floreado de color de púrpura y sus calzones de terciopelo lapiz-lazuli. Alborotaba desde las galerías de un palenque como un loco, ya para celebrar la pujanza de algún afortunado paladín ó ya para reirse de la postura en que se quedaba el que de un bote de su antagonista rodada por la arena pisoteado por su mismo alazan. Y sin embargo de sus costumbres tan impropias en un noble de aquellos tiempos, nadie repugnaba su compañía, ni tampoco le insultaba

ningun otro caballero, porque ya todos sabian que era temible cuando creyéndose ofendido, fruncia las cejas como un desesperado y miraba á su contrario con centellantes ojos.

Una mañana del mes de agosto de 1459 en que los montes y los valles aparecian dorados por los brillantes rayos del sol, hallándose nuestro D. Lope Perez de Senra recostado en una poltrona de su cámara, tarareando una báquica cantinela de Juan de Linares que estaba entónces muy en voga, se levantó asustado al sentir que sus criados bajaban con precipitacion el puente levadizo, para dar entrada sin duda á algun infanzon que acababa de llegar á su castillo de Codesoso, segun indicaba el trote de un corcel que precediera al rumor de los cerrojos del rastrillo,—y casi sin tener tiempo de llegar á una ventana de la misma habitacion que caia al palio para mirar quien era el recién venido, se dejó caer en su dorado sillón al ver á un viejo de humilde traza y que á la simple vista se conocia por el escudo de armas que llevaba toscamente bordado en el pecho, pertenecia á la servidumbre de Doña Laura Diaz de Riobó, señora feudal de la Torre y estados de Mesía.

—Ola! zorro de la Tieyra, viejo conserje de la torre de mi buena prima, en buen hora vengas á mi solar para que despachemos con placer un par de botellas de ese rico vino del Ribero que el castellano de Mezonzo acaba de regalarme. Eres bastante aficionado á él y es preciso que me ayudes á difuntarlo. Siéntate aqui... dijo el de Senra al personaje que habia llegado á su estancia, y cuya descripcion renunciamos hacer por no parecernos del caso y por la poca importancia que tendrá en esta leyenda.

—Dispensad, noble señor: contestó el nuevo interlocutor con ese tono de timidez que suelen usar los criados cuando sus amos les dispensan alguna confianza, pues apenas tengo más tiempo para hablaros que el que se necesita para rezar un credo.

—Qué credo ni qué diablos! gritó furioso don Lope: siéntate que yo te lo mandó.

El conserje de la torre de Mesía se sentó.

—Bebe, prosiguió el de Senra, alargándole un vaso de vino.

Y por segunda vez fué obedecido el plebeyo castellano sin que el viejo Arias Galoher despegase sus labios para oponerse á sus deseos.

—Ahora que has accedido á mis mandatos; como un buen servidor de los de Mesía, dime que ocurre de nuevo por allá...

—Mi señora...

—¡Rayo del cielo! es cosa de Doña Laura!

—Sí, noble don Lope; ella me envia aqui para decirnos que hoy, antes que el sol desaparezca del

horizonte, desea veros en su castillo de Mesía donde tiene que hablaros cosas importantes.

—Ya! Ya! dijo con tono enfático el hidalgo: siempre será para decirme algo de sus amores.

—Tal vez.

—No lo digo! con qué tambien ya sabes tú de que pié cojea.

—Cosa que no admira, porque aunque viuda le es dado amar y ser amada.

—Rayo del cielo, que dices bien; pero tú, que á mi ver eres su confidente en esto, debes revelar-me que desea doña Laura de su primo cuando le llama con tanta prontitud.

—Sin duda para que no os coja de susto, eh?

—Eso mismo.

—Pues oid.—Vos bien sabeis cuanto adora á ese vagamundo, pues no son otra cosa esos malditos trovadores que divagan de un lado á otro fascinando las bellas damas con sus cánticos...

—Cierto, buen Arias; pero tambien convendrás conmigo que esos jóvenes parece que tienen algo de sobrenatural, pues que aun á nosotros mismos nos hacen olvidar nuestros dolores ó pesares, cuando al compas de sus laudes cantan esas dulcísimas trovas que componen.

—Mucho que sí; pero oidme si quereis saber mi mensage.—Juan Rodríguez del Padron, ese upuesto trovador que mi señora doña Laura ama, rehusa corresponderla...

—Vamos, eso ya lo sabia yo.

—Pues aun hay más, el tal caballero adora á una belleza de la misma torre de Mesía, que ni sabemos si es alguna camarera de la castellana ó de su hermosa hija.

—Rayo del cielo! con qué esas tenemos en las orillas del Marzoa! Pero que tiene que ver eso con tu mensage?

—Aguardad, que aun no os digo todo lo que pasa.

—Prosigue pues.

—Ayer me llamó doña Laura á su cámara, y orientándome de lo que sucedia, me prometió doscientas doblas por asesinar á la desconocida rival, que causa su martirio.

—Caspita!.. y tu habrás aceptado, la diriais al instanté que si?

—Al contrario, rehusé.

—Qué escucho, rayo del cielo! Con que así la desobedeciste sin temor de que por tu negativa te mandara ahorcar en la más alta almena de su torre?

—Qué quereis, mi noble señor; yo tengo la conciencia hien limpia, y no quisiera, para lo poco que me resta de vida, que con un crimen tan imperdonable, se abrieran para mi las puertas del infierno.

—Qué infierno ni que gloria! sólo un mándria

como tú hubiera hecho eso. Y qué hizo doña Laura al ver que no querías?

—Me ofreció quinientas más.

—Y tú...

—Tampoco quise.

—Calla, ruin vejete: repito que tan sólo un imbécil como tú podría desechar tan brillante proporción para llenar sns bodegas del vino más esquisito de la tierra. Lo que estraño mucho es que mi prima no te hubiera ahorcado por inobediente.

—Su corazón de angel...

—Mejor hubieras dicho de demonio. Pero al fin sacamos en consecuencia que mi ida á Mesia será para reemplazarte á ti?

—Eso pienso.

—Poder del diablo, pues entónce apuremos de una vez esos dos vasos que nos están desafiando y volemós á ver á mi hermosa prima.

Y diciendo esto nuestro valiente hidalgo agotó su vaso, puso en el cinto su terrible daga; y bajando al pátio del castillo, montaron en dos briosos corceles ámbos personajes, saliendo á todo trote por el camino de Mesia.

BENITO VIGETTO.

(Se continuará).

### A UNA BEATA.

Dígame V., doña Rosa, lo que la lleva á V. á misa y la pone tan nerviosa que llega á inspirarme risa, ¿es misa ó es otra cosa?

Yo la he visto á V. rezar vertiendo copioso llanto, y olvidarse del altar para rezar á otro santo... que no me atrevo á nombrar.

Hay quien quiere suponer que fervor no debe ser lo que entretenerla pueda; no digo que esto suceda, pero puede suceder.

Y hasta llega á presumirse, resumiendo antecedentes, que V. trata de evadirse para que malignas jentes no tengan de qué reirse.

Yo admiro su fé cristiana, y rechazarla no quiero; mas de saber tengo gana á qué sube un caballero, de noche por su ventana.

Ascension tan peligrosa estuve observando absorto, y llegué á ver otra cosa que, por ser muy tenebrosa, si la recuerdo, me corto.

Esta distraccion tan pura, que el más malicioso alcanza

carece de travesura, dígame V. en confianza: ¿se la confiesa V. al cura?

LUIS TABOADA.

Vigo.—1869.

### GALICIA PINTOBESCA.

#### LAS CASITÈRIDES.

Con este nombre fueron conocidas en la antigüedad, ciertas islas del océano, fronteras al promontorio Artabro ó cabo de Finisterre, y hácia la parte septentrional segun Estrabon. Tolomeo dijo que eran diez, sitas en el océano occidental, y su medio á los 4<sup>o</sup> de longitud y á los 45° 30' de latitud. Tambien contó diez Estrabon: advirtiendo que sola una de ellas estaba habitada. Plinio dijo: «ex adversu Celtiberiæ (cellicæ gentis, ut dicit Mela) complures sunt insulæ Cassiterides dictæ á græcis á fertilitate plumbi, ó regione arrotrebarum» (1): todo conforme con Estrabon, y asimismo Diodoro de Sicilia: «Supra Lucitaniam multum stannei est metalli, in insulis Oceano adjacentibus, quas ideo Casiterides appetat.» Tambien Plinio expresó que no sólo daban estaño las islas «Cassiterides,» encontrándose igualmente en Galicia: «Cassiteron, prætilissimum est Candidum... Nunc certum est in Lusitania gigni et in Gallætia.» Conocieron además minas de este metal en ciertos montes de la Bética (Avieno) y junto al promontorio Sacro «(Dionisio Periegetes).»

Viniendo ahora á tomar en cuenta las investigaciones de los eruditos para encontrar las islas á que los antiguos llamaron «Cassiterides,» vemos á don José Velazquez (Anales de Esp, pág. 87), persuadido de que eran exclusivamente las Sorlingas; al crítico Masdeu (tom. 16 supl. 8.º) sosteniendo lo mismo; al profundo Florez inclinándose ya á que no solo las islas británicas sino tambien algunas de la costa de Galicia pudieron ser las Cassiterides descritas por Estrabon. Lo mismo escribió el docto Campomanes en su periplo de Hannon. El académico de la historia don José Cornide, trató muy extensamente esta cuestion, en una disertacion titulada «Las Cassiterides ó islas del estaño, restituidas á los mares de Galicia.»

Es preciso reconocer que el haberlas incluido en la descripcion de la Iberia Estrabon y Ptolomeo, indica proximidad á sus costas, y arguye contra la

(1) Lib. 4, cap. 22. Algunos han corregido en este pasaje de Plinio y en Solino,—y téngase en cuenta que arrotrebarum Promontori quiere decir lo mismo que artabrorum Promontori, pues los geógrafos confundian los arrotrobas con los artabros, que todo era uno para ellos.

excesiva distancia á que se encuentran las Sorlingas.

Puede decirse tambien por prueba de lo mismo, el haberlas nombrado Mela en los célticos á quienes atribuyó una parte de Galicia, y el colocarlas Plinio y Solino fronteras á la Celtiberia, esto es, á los célticos iberos, ó célticos nerios; y que en este concepto quizá hubo de llamar Aristóteles céltico al estaño. Puede aducirse aun lo vetusto del comercio de estaño conducido á los mercados desde las regiones occidentales, porque despues que se conoció este metal, por largo tiempo se debieron explotar las minas de la peninsula y sus adyacentes, ántes que los traficantes se aventurasen á internarse en un mar de navegacion tan peligrosa como era el occidental para los antiguos. Descubierto en las islas de los mares de Galicia, se las daría el nombre de «criadoras del estaño» en idioma tartesio, si como afirma Avieno, fueron los tartesios los primeros que cultivaron este comercio y quienes lo descubrieron á los fenicios, como estos mas tarde á los cartagineses; y viniendo á ser conocidas de los griegos, discípulos de los fenicios sobre los mares, las llamaron por el mismo concepto «Cassiterides,» como expresaron Plinio y Diodoro, del griego «Cassiteros» el estaño.

Creemos con el Sr. Cornide que las Cassitérides nombradas por los geógrafos del imperio, debieron ser islas adyacentes á las costas de Galicia; pero habiendo producido igualmente estaño las islas británicas, no encontramos ni razon ni objeto en disputarles el mismo nombre que tambien les convenia y que á ser conocidas con aquella produccion por los griegos, tambien se les daría.

Concreta la cuestion á averiguar cuales fueron las Cassitérides de Estrabon, Mela, Plinio, etc., vemos muy verosímil el juicio de don J. L. Villanueva en su Ibernia Fenicia (pág. 65), que opinó haberse llamado Cassiterides las islas «Cicas, (Cies)» cuyo nombre pudieron tomar del fenicio Cicar ó Kicar, que significa el metal.

Modernamente, nuestro eminente historiador de Galicia, Sr. Vicetto, de quien tomamos estos datos, ha dilucidado el punto histórico-geográfico con la lucidez de su génio, proclamando para las islas del litoral galés la gloria de haber sido las tan renombradas Cassiterides,—puesto que: «los geógrafos del imperio romano que hablan de ellas,—dice—demasiado conocian las costas de las Galias y de la Gran Bretaña, y si á este último punto pertenecieran, no las asignarian «vicinæ invicem» al promontorio de Finisterre, como dice Estrabon (libro 3, pág. 175), sino «vicinæ invicem» al promontorio Brest, ú otro cualquiera de las Galias,

frente á las Sorlingas»;—argumento que no tiene vuelta, como dicen nuestros leguleyos.

Segun este aventajado historiador, constituian las Cassiterides las siguientes diez islas galáicas:

1—La Coelleira, frente á la vigía de Vicedo, en la entrada y al E de la ria del Barquero.

2 y 3—Las Sisargas, frente á la ria de «Brigantia,» Betanzos.

4—La Quebra, entre Muros y Noya.

5—La Cortegada, en el interior de la ria de Arosa, entre Rianjo y el Carril,—isla áun cultivada por sus habitantes.

6—La de Arosa, en la ria de su nombre, de cerca de una legua de extension, con diferentes puntos y escotaduras.

7—La de la Toja, entre la peninsula del Grove y Cambados, que tiene aguas termales y baños con habitaciones para la mucha gente que los frecuenta.

8—La Salbora, á la entrada de la ria de Arosa.

9 y 10—Las de Ons, al Oeste de la ria de Pontevedra, una de las cuales tiene más de una legua de extension.

11 y 12—Las Cies, á la entrada de la ria de Vigo, que aunque Tolomeo las denomina «islas de los Dioses,» eso no quita para que pertenecieran al grupo de las Cassiterides,—las cuales tendrian nombres particulares además del de «islas del Estaño» ó Cassiterides, del griego «Cassiteros,» estaño.

JOSÉ ANTONIO PEREZ.

Betanzos, 1874,

## LA PRIMERA VEZ...!

A. E. L.

### I.

Cansados de correr cuantos estábamos  
en la fresca arboleda del jardín,  
nos recostamos al caer la tarde  
entre rosas, claveles y alelís.

Jóvenes todos, de ansiedades locas  
rebosaba el ardiente corazon;  
y sin saber jamás como fué aquello  
sólos nos vimos con placer los dos.

Las ramas de la fronda cobijaban  
de nuestros ojos la abrasada luz,  
con ellos nos hablábamos amantes,  
yo suspirando, suspirando tú.

Al impulso del fuego que sentía  
lentamente las manos te estreché;  
tú suspiraste más... y entre suspiros  
sabe el amor lo que pasó despues:

### II.

Quando los dos de allí nos lebantamos  
y á los demás nos reunimos... oh!

triste tu ibas, con los ojos bajos;  
y turbado y convulso aún iba yo!

Pues acabábamos por vez primera  
de comer de la fruta celestial,  
y como Adán y Eva, desolados  
temíamos la voz de Jeová.

Implacable el destino con nosotros  
nos separó por fin poco despues...  
¡Tú te habrás olvidado de aquel día!  
¡Yo nunca de aquel día me olvidé!

BENITO VICETTO.

Ferrol, 1850.

## GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

### VIII.

Saturno como astro.

(Continuacion.)

—Ya lo veis, descuidan la ciencia no pudiendo ser indiferentes á las convulsiones del país.

—Hé ahí el mal: cada cual debe ocuparse de lo que le concierne, y no de aumentar los males de la pátria bajo el frívolo pretexto de sacrificarse por ella.

—¡Qué quereis! nos devora una fiebre política y el estado á que han llegado las cosas hace esto indispensable.

—Siento tener que deciros que no estoy de acuerdo.

—No me sorprendeis, eso sucede siempre tocando la cuestion política.

—Cómo quereis que permita al sabio ocuparse de lo que no entiende?

—Pero convendréis en que es necesaria mucha abnegacion para renunciar á lo que le conviene.

—Veo que no puedo comprenderos.

—Procuraré explicarme. ¿Qué haciais cuando erais niña y queriais conseguir algo de vuestros padres?

—¡Qué pregunta! Se lo pedia?

—Y sino condescendian con vuestro capricho..?

—Procuraba complacerles y reiterar mis instancias.

—Y si apesar de eso eran sordos, ó se hacian que es lo mismo para el caso?

—¡Bah! que sé yo lo qué hacia!

—Sed franca.

—Me poneis en un apuro.

—No tal; decid que os enfadabais.

—Corriente: me enfadaba.

—Y os hacias la desdenosa y produciais ruido y..

—¿Quereis callar?

—Vamos, vamos, hablad.

—Cuidado que no parece si no que os convertis en mi confesor.

—Porque necesito que hableis con sinceridad.

—Sea; si apesar de todo no accedian me incomodaba.

—Y llorábais ¿no es esto?

—No diré que no, respondió Guda ruborizándose.

—Despues os pedian un beso.

—¡Qué insistente estais! repuso Guda encendida como una cereza...

—Y por último os daban el turrón.

—Algun dulce ¿qué tiene de particular?

—Pues ya hemos llegado; hé ahí explicado el enigma.

—Ahora se me ocurre otra dificultad, observó Guda que trataba á todo trance de evitar aquella conversacion.

—Cual? pregunté.

—Que no os entiendan los habitantes de Saturno.

—Ved ahí cómo sería preferible que no los hubiese.

—Verdaderamente es una empresa temeraria la nuestra.

—Ya no es tiempo de retroceder.

—No por cierto; y toda vez que no podemos conocer á Saturno como morada de seres vivientes, permitidme conocerle al ménos como astro.

—Ahí teneis al genio que os lo dirá; y por mi parte, le escucharé con mucho gusto:

Guda dirigió al genio una mirada y le dijo en tono suplicante:

—No os parece, amable genio, que ya es tiempo de que nos deis á conocer el astro en que vamos á habitar por algun tiempo?

—Estay pronto á ello, respondió aquel, pues ya sé hasta qué punto puedo contar con vuestra atencion.—Saturno, en cuya atmósfera poco densa vamos á entrar, es de una magnitud algo inferior á la de Júpiter, el mayor de los planetas de nuestro sistema. Su diámetro es diez veces mayor que el de la Tierra, pues alcanza 126000 kilómetros; su superficie es 93 y su volúmen 928 veces mayor respectivamente que la superficie y volúmen de la Tierra. Gira Saturno con mucha rapidez sobre su eje, inclinado 61°—20' respecto al plano de la eclíptica, pues no necesita más que diez horas y diez y seis minutos para completar su rotacion, mientras que en recorrer su órbita, ó sea en su revolucion sideral emplea veinte y nueve años, ciento sesenta y un dias, diez y nueve horas y diez y seis minutos.

El genio hizo una pausa y como viese que nuestro silencio continuaba, añadió.

—Supongo que esto sea todo lo que deseais sa-

ber sobre el astro que vamos á visitar, puesto que los elementos planetarios ó relativos á su órbita, tales como su excentricidad, que es de  $0^{\circ}0562$ , su inclinación sobre el plano de la elíptica de  $2^{\circ}-29'$ — $36$ ,» la longitud de su perihelio de  $89^{\circ}-'$ — $20$ ,» la variación trópica secular del mismo de  $0^{\circ}03350$  etc. poco interés pueden ofreceros en estas circunstancias.

—Teneis razon, contestó Guda, pero siento que os olvideis del anillo.

—El anillo de Saturno, respondió el genio al punto, es de grandes dimensiones: su diámetro exterior mide 140 750 kilómetros; el interior 94000, su anchura alcanza 46750 y su espesor, segun Herschel, 163 Kilómetros. Si hemos de dar fé á este astrónomo, el volúmen del anillo es cinco veces el de la Tierra, pero indudablemente es algo más, aunque no tanto como quiere Schraeter, que le asigna un espesor de 882 Kilómetros y un volúmen veinte y siete veces mayor que el de la Tierra. Lo que puede asegurarse es que el anillo, cuyo interior dista de la superficie del planeta 38700 Kilómetros, gira en un plano de centro comun con el astro en diez horas y veinte y siete minutos. A causa de la diferencia que observaréis entre las revoluciones diurnas del planeta y su anillo, éste no cuenta las mismas que aquel. No se distingue tampoco constantemente desde la Tierra, pues cada quince años se presenta á aquella de perfil, desapareciendo á la simple vista.

—Pero es un sólo anillo ó son cinco, preguntó Guda, porque en efecto á la vista ofrecia el aspecto de una como espiral.

—Uno sólo, respondió el genio, si bien surcado por bandas oscuras que le dividen aparentemente en cinco concéntricos.

Calló el genio, y abismados nosotros en la contemplación del planeta en cuya atmósfera penetramos en aquel momento, lo que se reconocia fácilmente por la impresión más fuerte que pululaba por nuestros rostros, no nos apercibimos, hasta algun tiempo despues, que habia desaparecido, cuando reparamos que nuestra marcha era ya mucho más moderada.

Algunos satélites quedaban á la espalda y nosotros cruzábamos por entre otros que ya se iluminaban, ya se oscurecian; ora eclipsábanse, ora ocultábanse tras de Saturno; bien reaparecian.

El sol empezaba entónces á ponerse detras del astro á que estábamos tan cerca, y las primeras tinieblas de la noche, ausente durante nuestro viaje por el vacío, nos causaron una emoción indescriptible melancolia. Apesar del gravísimo bienestar que sentíamos en el delicado órgano de vision, lamentábamos la falta del esplendente astro del dia, de aquel constante compañero ausente pero visible,

T. H.

cuya presencia echábamos más de ménos por sentirse un frío intenso en aquellas regiones.

No obstante, la oscuridad de la noche no era completa, porque ya se iluminaban ya se oscurecian dos ó tres satélites á un tiempo, y momentos habia en que se nos presentaba alguno como luna en su plenilunio, cuando en todo el esplendor, brilla desde un cielo sin nubes, allá en plácida y serena noche de estío.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

## ROJIN ROJAL.

(Continuacion.)

### II.

#### AMOR CORRESPONDIDO.

Ya yo vi mucho placer  
despues de mucha tristura,  
e pasada noche oscura  
yo vi el dia esclarecer,  
e despues de grand nublado  
tornar dia serenado,  
e vi al pobre rico ser.

(GOMEZ PEREZ PATIÑO.)

Tendia su manto sombrío  
la noche sobre la tierra,  
tachonando el firmamento  
de rutilantes estrellas,  
que en las almenadas torres  
de la feudal fortaleza,  
mansion del conde de Andrade,  
su pálida luz reflejan.  
Leve brisa entre las flores  
vagarosa juguetea,  
sus gayas corolas mueve,  
y arrebatáales su esencia.  
Tal vez el canto se escucha  
del ruiseñor en la selva,  
ó en las torres el graznido  
de la espantable corneja;  
y del Eume la corriente  
confusamente resuena,  
escalar amenazando  
del Noguerosa la cresta.

Desde un ajimez calado  
Laura en silencio contempla  
el espectáculo triste  
que ofrece naturaleza.  
Respira ansiosa el aroma  
que los céfiros le llevan,  
y en cambio deja en sus alas  
suspiros y amargas quejas.  
¡Cuán bien con la de su alma  
armoniza la tristeza  
de la noche! ¡Cuán le inspiran  
melancólicas ideas  
aquel augusto silencio,  
aquellas sombrías nieblas!  
Sola con su pensamiento,  
el horror de su existencia  
mide, y surcan sus mejillas  
lágrimas las más acerbas.  
Su alterada fantasía  
forja terribles quimeras,  
vagos fantasmas que acrecen  
la intensidad de su pena.

En sueños de amor su mente  
 á las regiones etéreas  
 se lanza luego, y entónces  
 en calma el dolor se trueca.  
 Sus ilusiones perdidas  
 una á una se remueven,  
 y el llanto pasado olvida  
 y el placer solo recuerda.  
 Y aunque es ficcion engañosa  
 que su propio anhelo crea,  
 al punto brota en su alma  
 una esperanza secreta:  
 esperanza que la anima  
 á difíciles empresas,  
 cual fuera romper el yugo  
 que á su esposo le sujeta.  
 Ya se ve libre, en los brazos  
 de su amado: con él deja  
 la horrible prision en donde  
 horas pasó tan acerbadas,  
 y huye á gozar su ventura  
 en lejanísimas tierras.  
 Respira ansiosa el aroma  
 que los céfiro le llevan,  
 y ya no deja en sus alas  
 suspiros ni amargas quejas;  
 que las ideas que ocupan  
 su excitada inteligencia,  
 la negra noche en que vive  
 en placida aurora truecan.

Leve rumor á su oído,  
 sonando confuso, llega,  
 que de ensueño amoroso  
 bruscamente la despierta.  
 Y ántes que pueda á sí misma  
 de su estado darse cuenta,  
 un acento, que pronuncia  
 su nombre, triste resuena.  
 Asombrada, temerosa,  
 retirarse al punto intenta,  
 cuando de nuevo su nombre  
 oye pronunciar más cerca;  
 y mirando al peñascoso  
 suelo, divisa una negra  
 sombra, que, al muro pegada,  
 parece observarla atenta,  
 sin que basten los vislumbres  
 de las pálidas estrellas  
 á distinguirla de tantas  
 negras sombras que la cercan.  
 Pero un voz, eco acaso  
 de cruelísima pena,  
 de martirio doloroso;  
 voz que en el alma penetra  
 como el gemido tristísimo  
 de un corazón que envenenan  
 recuerdos del bien perdido  
 durante fatal ausencia,  
 turba el silencio exclamando:  
 —¡Oh Laura! ¿quién me dijera  
 que habian de ser un día  
 mentirosas tus promesas?»  
 Un grito, grito de espanto  
 y alegría al par; sincera  
 expresion de eterno amor,  
 y de asombro y extrañeza,  
 hiende el espacio, y el eco  
 lo repite en las florestas.  
 Anhelante Laura, asida  
 del ajimez, llora y tiembla;  
 que en la sombra que le habla  
 reconoce con certeza  
 á su amado el caballero  
 de Guimil. La fiebre quema

sus sienes; late su pecho,  
 y siente hervir en sus venas  
 la sangre, que en torbellinos  
 rauda afluye á su cabeza.

—¡Enrique! ¿sois vos?—exclama  
 conmovida.

—Si, yo soy  
 que á llorar vengo aquí hoy  
 la decepcion de mi dama.  
 Mientras, cumpliendo la ley  
 y de afan de gloria lleno,  
 peleaba como bueno  
 por mi Dios y por mi Rey;  
 Dios me reserva la vida,  
 el Rey premia mi valor,  
 y, despreciado en amor,  
 solo mi dama me olvida!

—Por ese Dios que invocais,  
 Enrique, no me culpéis  
 mientras la causa ignoréis  
 de la falta que execráis.  
 Cuando os diga que, obligada...

—Fuera tu amor verdadero...  
 Mas tu padre, un caballero,  
 ¿cómo á su hija idolatrada...

—¡Ay! el conde de Roade,  
 con quien me ha unido la suerte,  
 era más rico, más fuerte  
 que la familia de Andrade;  
 y mi padre, temeroso,  
 cuando le pidió mi mano,  
 por evitar su odio insano,  
 me lo impuso como esposo!

—Si, tu esposo!...

—¡Enrique!  
 —¡Oh!

Tú, feliz en tal momento...

—Si supiérais que tormento  
 mi corazón desgarró,  
 Enrique, vos, siempre bueno,  
 el perdón me concedierais.  
 Y cuando no, si supiérais  
 que víctima de un veneno  
 bajó mi padre á la tumba...

—¿Y quién crimen tan nefando...

—Su voz al cielo clamando  
 aun en mi oído retumba...  
 Aun parece que me dice:  
 «Tu esposo, por heredarne,  
 se apresuró á emponzoñarme...  
 Pobre hija mía... infelice!»

¡Y le veo cada día!

Flor que combaten los vientos,  
 paso mis tristes momentos  
 mustia y en larga agonía.  
 Excitada, combatida  
 por el terror y el despecho,  
 llevo el germen en mi pecho  
 del fin de mi amarga vida...

—¡Oh! Laura! ¿Cuál suerte fiera  
 nos persigue?... Dios, Señor,  
 tú que conoces mi amor,  
 que ves la intencion sincera  
 que en mi corazón abrigo,  
 ¿podrás, fuente de consuelo,  
 henchir mi pecho de duelo?  
 Si al que de tu ley amigo  
 siempre fué respetuoso,  
 implacable lo condenas  
 á sufrir horribles penas  
 en un infierno espantoso,  
 ¿qué queda para el demente  
 que burla tu ley, y escrita

lleva en su frente maldita  
 provocacion insolente?...  
 Mi Laura, ausente tu esposo,  
 fuerza es dar fin á tu mal...  
 Y yo opondré mi puñal  
 á su puñal alevoso...  
 Y si tu, de amor ufana,  
 quieres seguir mi destino,  
 abierto y franco el camino,  
 yo vendré por ti mañana.

Vacila Laura; mas presto  
 de su alma el temor desecha,  
 y al caballero promete  
 seguirle al fin de la tierra.  
 Ambos despues entregados  
 á ilusiones lisonjeras  
 vieron trascurrir las horas;  
 y era la en que las estrellas  
 tocan al cénit radiante,  
 cuando, con nuevas promesas,  
 se separó el de Guimil  
 de la feudal fortaleza.

Y apénas en lontananza  
 se perdió, cuando la cerca  
 de un huerto saltó otro hombre,  
 y con extraña fijeza  
 miró al castillo, sonriendo  
 de diabólica manera.  
 Luégo, con voz cavernosa  
 y entonacion que revela  
 odio, furor .. murmurando  
 estas palabras, se aleja:  
 «Y si tú, de amor ufana,  
 quieres seguir mi destino,  
 abierto y franco el camino,  
 yo vendré por ti mañana.»

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

(Se continuará.)

## CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA

### COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA:

su historia y su influjo bajo los aspectos  
 económico y social.

### SEGUNDA PARTE.

#### HISTORIA DE LAS COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA.

##### III.

##### Carácter histórico de los pelasgos y helenos.

Tal es tradicionalmente la fase ó significacion histórica de las más remotas colonias griegas en Galicia. No la constituye otra cosa etnográficamente, que su *ara* al Sol ó *Ara Solis* y su gran ciudad de Duyo, levantada por aquella agrupacion de pelasgos y helenos, que tomaron desde entonces la denominacion de *duyos* y luego de gravios al extenderse por el litoral del oeste fundando nuevas localidades.

Pero si de estos primeros griegos que aportaron á Galicia en la noche de los siglos, nada más podemos consignar etnográficamente, algo debemos decir etnológicamente con referencia á su origen y costumbres,—apelando para ello á los historiadores.

Este pueblo de los pelasgos, se reconoce como de los más antiguos de Grecia; tanto, que por considerársele pre-histórico se les supuso *ciclopes* y

*titanes* (1), pues las tradiciones los presentan célebres por sus conquistas, por su inclinacion á lo maravilloso, por su poder, por su industria. Lo que no ofrece duda alguna es que los pelasgos habitaron países florecientes, constituyeron (la poblacion más numerosa de Europa, y ocuparon en esta parte del mundo, el interior, por las vertientes septentrionales de los Alpes tiroleses,—encontrándose con los nombres de *poenios* ó *pannonios* hasta en las márgenes del Danubio, á no ser que los *teucros* y los *dárdanos* fueran pueblos diferentes. Por último, se afirma que los pelasgos se extendieron tanto que mudando su nombre en el de *acadios* y *argivos* (por llamarse Arcadia y Argos las comarcas en que se establecieron ántes de venir á España), se extendieron por la Emonia, denominada luego Tesalia, de donde se esparcieron por muchas regiones del Mediterráneo, dando nombre á la Grecia europea,—años 1,900 ántes de Jesucristo.

Niébuhr dice (en su Historia Romana): «Los pelasgos no eran un tropel de gente vagabunda; por el contrario, formaron naciones en todo el país que comprende desde el Arno hasta el Bósforo; y si en la Tracia no tenían establecimientos, aparecieron con ellos en las islas septentrionales del mar Egeo, puesto que resultan unidos los *tirrenos* de Asia con los pelasgos de la Argólida.» Dice además, que en todas las tradiciones primitivas (2) los pelasgos se encuentran en el apogeo de su poder, absorbiendo las demás agrupaciones griegas como los *etruscos*; que la caída de Troya era el símbolo de su historia; y que bajo su nombre estaban comprendidos los *enotros*, *HELLENOS*, *morgetos*, *siculos*, *tirrenos*, *venetos*, *ELIMIOS*, *ETRUSCOS*, *liburnios*, *peucecios*, etc.

Otros historiadores hacen á los pelasgos distintos de los helenos, no sólo por sus costumbres y origen, sino tambien por su manera particular de construir, que en el día se nombra *construccion ciclopea* (3), tan sólida que aun se conservan restos en la Tesalia, Tracia y mil y mil puntos de Europa. La decadencia y poder de los pelasgos—dice Cantú (tom. I, pág. 574)—tuvieron principio en las constantes persecuciones que sufrieron de parte de los griegos helenos, en la esterilidad y sequía de sus campos, especialmente por las erupciones de los nuevos volcanes á que dió pábulo la extincion del Vesubio, y en que sus ciudades se volvieron insalubres por las emanaciones de los pantanos que se formaron en los terrenos húmedos;—desgracias todas que les obligaron á abandonar la Etruria (¿luégo eran etruscos?) por los años 1340 ántes de Jesus.

La verdad es que los historiadores quieren dividir á los antiguos griegos en mil y mil familias, como pelasgos, helenos, etruscos, etc.,—y que en rigor no eran sino griegos.—Cantú mismo dice: (pág. 235) «El notar que los pelasgos se confundieron en muchos puntos con los griegos, nos induce á sacar por consecuencia que no habia entre unos y otros gran diversidad de raza; lo cual justifica la asercion de Dionisio de Halicarnaso que los reputa *Helenos* en el Lib. I, 17.»—Sucede con ésto lo que resultaría de un estedio sobre nuestros *orensanos*, *lugueses*, *coruñeses* y *pontevedreses*, es decir, los habitantes de las cuatro provincias de la Galicia actual, que habria historiador que los haria distin-

(1) En Galicia, no sólo pueden presumirse ciclopeos los cimien-  
 tos de la torre de Lobera, sino que se halló una hacha de forma y  
 aleacion etrusca.—MARTINEZ Y MURGUIA.

(2) Es singular que los historiadores apelen á las tradiciones  
 primitivas, y en Galicia se desprecie esto; cuando, tratándose de la  
 época pre-histórica, la tradicion es la única historia de todos los  
 pueblos.

(3) MALTEBRUM dice que los pelasgos se llamaban así, «de pela,  
 roca;» los constructores en rocas. Si esto es verdad ¿no conserva-  
 mos aun de ellos la denominacion de «pelouros» que aplican los  
 gallegos á las grandes piedras?

tintos, no sólo en sus costumbres, sino hasta en la pronunciación ó habla, y hasta en el origen;—no dejando de ser en rigor sinó gallegos y nada más que gallegos.

Cantú dice en el lugar citado que algunos pelásgos, á consecuencia de los incidentes que dejamos enunciados, *verificaron la emigración de la Etruria*; volviéndose, bien á los países de donde llegarán á ella, ó bien tomando el rumbo á la parte occidental, *especialmente á España, en donde indican su origen pelásgico los muros de Sagunto y de Tarragona*; por donde se vé que la historia moderna, de acuerdo con las tradiciones primitivas de los pueblos, coincide con la colonización griega de nuestro país que historiamos.

Y como para nosotros, siendo griegos los pelásgos, helenos, etruscos, etc., por más que se diferenciaron entre sí en algunas costumbres, su modo de ser en el fondo era igual, por ser una misma raza, la raza griega; de aquí que consignemos en esta semblanza algunas particularidades características de esa raza que, en su adoración al sol, llegó hasta nuestro promontorio del *Fin de la Tierra*, entónces.

Era general á los griegos (ya etruscos, ya pelásgos, etc.,) su repartición en castas, tribus ó familias, y de ahí la confusión de los historiadores al determinarlos, no en globo, sinó en tribus. Al frente de cada tribu ó distrito, habia un arconte ó lucumon, que equivalía á rey ó gefe de aquel pueblo, y que en Galicia se designaban *régulos*. Llamábanse *larthes* los señores ó principales de la tribu; y *tuscos* los sacrificadores ó sacerdotes. Y en estas castas nobiliaria y sacerdotal, estaban vinculados por derecho hereditario, el poder político, las ciencias y lo perteneciente al culto; de suerte que eran los depositarios de los anales.

Refieren los historiadores que en la *disciplina etrusca* (que sería igual á la pelásgica y demás tribus ó pueblos), se comprendían los libros sagrados escritos por la ninfa Bygois, sobre la ciencia de los relámpagos, *fulgura*; los del famoso Tagés con la ciencia de los arúspices y la adivinación: los fenómenos celestes ó terrestres, como el trueno, los rayos, y todos los demás conocimientos reservados solo á un gran número de sacerdotes, que se ocupaban especialmente de cronología, historia, matemáticas y ciencias naturales.

Entre los instrumentos músicos inventados por los griegos, se cuentan la flauta tirrena y la flauta retorcida, y se dice que hacían el pan y azotaban á los esclavos al son de flautas. A ellos se atribuyen los molinos de mano, los espolones de las naves y la balanza romana. De ellos tomaron los hijos del Tíber la bola de oro, signo de nobleza; las haces consulares, los lictores, la pretexa juvenil, la toga civil, la silla curul, la clámide de los triunfadores, los anillos de los caballeros, el calzado senatorial y guerrero, las coronas triunfales, las hoces de podar, los juegos escénicos y circenses, y las ceremonias de los feicales.

Por su gusto en las artes adquirieron los griegos gran celebridad,—y fueron perfectos grabadores en piedras duras, y supieron fundir en bronce. Y como tenían mucha fama sus obras de cinceladura, tallado y joyería, especialmente en sus copas de plata, incrustaciones de marfil, y *armaduras guerreras* (1), —de aquí que al inocular en nuestro país esos gérmenes de riqueza artística, no debe extrañarnos, como no nos extraña, que, más adelante, en la época de la invasión cartaginesa, nuestros galiegos, esto es, nuestros galogriegos, regalaron á Anibal el famoso escudo que hicieron inmortal los poetas anti-

guos, por su admirable cinceladura.

Concluimos esta semblanza con manifestar: que al hacer pelásgicas las primeras colonias griegas del país, hemos tenido en cuenta la historia tradicional, no sólo de Galicia, sinó del mundo antiguo; los monumentos respectivos y las observaciones de cronología por las razas humanas con respecto á España.

Se continuará).

BENITO VICETTO.

## AMOR Y PÁTRIA.

### TRADICION CABALLERESCA.

(CONCLUSION.)

#### PÁTRIA.

##### I.

La pátria estaba de luto,  
de luto estaba Galicia,  
viendo al árabe guerrero  
doblar con su planta altiva  
la esmeralda de los prados  
y la flor de las campiñas.  
Con sus huestes vencedoras  
entró Almanzor en Galicia;  
si ambicioso de mirarla,  
más ganoso de adquirirla;  
y el ejército gallego  
tremoló la cruz bendita  
para petener el paso  
de las huestes enemigas.  
Sangrientas escaramuzas  
alumbró la luz del día;  
que en una guerra invasora  
dá, si la pátria pelagra,  
para dñemigos tenaces,  
almas de hierro Galicia.  
Como por su fé luchaban,  
por esa virtud querida  
que hace á los hombres ser héroes,  
jamás á nada cedían.  
Y siempre al llegar la tarde,  
tras de la lucha reñida,  
ámbas huestes se encontraban  
donde las hallára el día.

##### II.

Rico en luces y colores,  
el sol que alumbra en Galicia  
lanzó sus rayos primoros  
sobre las huestes altivas  
de Almanzor, que contemplaban  
gloriosa, en las enemigas,  
la cruz del Crucificado  
sobre sus tiendas erguida.  
Y apénas el son guerrero  
dió sus saludos al día,  
cuando del campo cristiano,  
sobre una yégua tordilla  
que orgullosa de llevarle  
caracoleaba altiva,  
salió un guerrero, *el más noble  
de los nobles de Galicia*,  
puesta en la cuja la lanza  
y con la mirada fija  
en el ejército moro  
que asombrado le veía.  
Ya cerca de él, deteniendo

(1) RAOUL ROCHETT.—Hist. colonies grecques, Paris, 1895.

su cabalgadura, grita:  
 —¿No hay entre los musulmanes,  
 que tenga la sangre limpia,  
 quien con este caballero  
 quiera jugarse la vida?  
 Salió un muslim, preparado  
 para la sangrienta liza;  
 y después de rudos choques,  
 lleno su cuerpo de heridas,  
 dió al gallego la victoria,  
 dando con ella la vida.  
 —¿No hay otro, gritó el cristiano,  
 para mantener la lidia?  
 Y salió otro caballero  
 y tras dos lanzas partidas,  
 muerto cayó del caballo  
 á impulsos del de Galicia.  
 Dió el ejército cristiano  
 á su valiente mil vivas  
 y aun se oyó la voz del noble,  
 sobre aquella gritería,  
 diciendo:—¿No hay algun otro  
 ú otros dos, que por mi vida  
 quiera venir? Y del campo  
 de Almanzor, que esto veía  
 lleno el corazón de enojos,  
 salió, con la frente erguida,  
 un esforzado guerrero  
 que ansioso de entrar en lidia,  
 los hijares de su potro  
 con fiera rabia oprimia.  
 Se oyó el crujir de las armas  
 en la primera embestida  
 y cayó el muslim al suelo  
 de la muerte en la agonía.

## III.

Tornó á su campo el cristiano  
 y ansioso de nueva lidia,  
 dejó su cabalgadura  
 que hirviente sudor cubria  
 y roja sangre manaba  
 por las abiertas heridas.  
 Y tomando otro caballo,  
 sin reposar su fatiga,  
 volvió al campo de los moros  
 gritando con voz aliva:  
 —¿No hay otro más, ó tres juntos,  
 ó cuatro, que en buena lidia  
 quieran salir contra mi  
 para llevarse mi vida?  
 Reinó el terror un momento  
 en las huestes enemigas;  
 pero así como en la noche  
 que una tormenta ilumina,  
 cede un punto sus furioses  
 el fiero huracán que silva  
 y luego se abren las nubes  
 y sus rayos mil vomitan,  
 llenando de luto y duelo  
 montes, prados y campiñas;  
 así de Almanzor las huestes,  
 tras la vergüenza temida,  
 se abrieron, lanzando al campo  
 su jefe de mas valía,  
 su guerrero de más fama,  
 su lanza nunca vencida.  
 Midió Mustafá al cristiano,

T. II.

orgullosa, con la vista  
 y partió contra él, resuelto,  
 en ruda y fiera embestida.  
 Al empuje de las lanzas,  
 los caballos revolvían  
 y el crujir de los Aceros  
 en ámbos campos se oía.  
 Si entraba con rabia el uno,  
 presto buscaba salida;  
 si el otro un bote lanzaba,  
 bien su bote recojía.  
 Más de una hora lucharon  
 y en más de treinta embestidas  
 ocultó á los dos el polvo  
 que entre nubes les cubría.  
 Al fin, del campo cristiano  
 vieron con pena y con ira,  
 que el animoso gallego  
 de su caballo caía,  
 en tanto que el musulmán  
 hacía sus tiendas se iba.  
 Corrieron todos á verlo;  
 mas ¡ay! que por mil heridas  
 el alma se iba saliendo  
 y se acababa la vida.  
 Sus labios amoratados  
 llegó á mover la agonía  
 y murmuró, entrecortada,  
 sólo una palabra: ¡Elvira!

Así murió como bueno,  
 dando á la patria su vida,  
 Ramiro, el noble más noble  
 de los nobles de Galicia.

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

Madrid, 1875.

## LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XX.

El Cazador de Celavente.

—Puesto que V. dice que yo lo puedo hacer feliz,  
 —le dijo titubeando á mi vez,—yo creo que no pue-  
 do hacer feliz á una persona de otro modo que ofre-  
 ciéndole dinero para remediar alguna desgracia.  
 Dispense V, Rosendo, si le ofendió el ofrecimiento  
 ¿Acaso lo que V. desca de mi es otra cosa?.. Tal vez  
 alguna carta de recomendación para volver á estu-  
 diar en Compostela? Explique V.

—Carta de recomendación...!—murmuró—estu-  
 diar en Compostela...! Nada! nada de eso, señor viz-  
 conde, porque eso no me haría feliz.

Y levantándose desasosegado, como aburrido de  
 si mismo, dijo con altanería y precipitadamente:

—Señor vizconde, yo me llamo Rosendo Merlan,  
 como le dije á V. ántes, soy natural de Celavente y  
 de oficio cazador; amo á Clara la aureana, esta me  
 habia dado casi palahra de casarse conmigo,—y aho-  
 ra, desde que permaneció V. en su casa curándose de  
 la herida que recibió en el cementerio de San Juan  
 de Barrio,... ella, ella, no me quiere oír ni me quie-  
 re ver...

Y temblaba todo su cuerpo con fuertes sacudi-  
 das, como si todo él fuera pasión, celos, alma!

Yo me levanté á la vez temblando. La esto cada  
 la sentía en el fondo de mis entrañas. Aquel dolor  
 que estallaba así, me anonadaba. Se buscan en es-

te mundo formas para conmover...! Ah! qué más formas que la misma naturalidad del sentimiento que estalla frente á uno como el rayo en las alturas? Sentid, y espresad vuestro sentimiento sin traba alguna, y lo comunicareis inmediatamente por medio de esa electricidad espiritual que no hay fisiólogo que pueda explicárosela si no la experimentásteis nunca. Esa electricidad del sentimiento, que como la idea de Dios, compenetra el espíritu tanto mejor cuanto más natural se nos presente, por mas informe ó indeterminada que nos parezca.

Ah! aquella organizacion vigorosa habia luchado hasta allí con su torpeza ó contrariedad para decirme cuanto tenia que decirme,—y de repente, en un pronto y sobervio arranque de su naturaleza ruda, acababa de espresarse con más elocuencia que lo hubiera hecho Ciceron artisticamente. *Sentia...!* *sentia!*—he ahí la gran cátedra!

Yo permanecí anonadado algunos instantes.

Luego me repuse *artificialmente*, y le dije perplejo:

—Eso es decirme, señor Rosendo... eso es decirme que yo estoy enamorado de Clara y Clara de mí!..

Sin querer, con esta especie de reproche que le dirigí como al acaso, anonadé á mi vez al joven cazador; pues bajó los ojos, y murmuró desalentado:

--Yo no sé... yo no sé si el señor vizconde estará ó no enamorado de Clara... pero si sospecho que Clara lo esté del señor vizconde.

Tambien Rosendo con estas palabras me aplañaba. Nada como la naturalidad en las grandes situaciones de sentimiento. Desarma y abate.

Yo no supe que decir.

Y como este embarazo que experimentaba, se me hacia insoportable,—mi orgullo me comunicó una altivez fatal, pues le dije frunciendo las cejas:

—Y bien, señor Rosendo: si yo estuviera enamorado de Clara ó ella de mí ¿qué haría V. entónces?

Lenta, fria, pero elocuentemente me contestó:

—En el primer caso, esto es, si el señor vizconde estuviera enamorado de Clara, como yo no podria luchar con el señor vizconde me resignaria á mi suerte, y moriria resignado.

Y miró para su escopeta.

Yo temblé. La encarnacion del suicida, estaba allí, viva, gráfica, tallada, esculpida en toda la actitud, en todo el busto de aquel joven enamorado.

—En el segundo caso—prosiguió Rosendo inalterable—si el señor vizconde no estuviese enamorado de Clara, pero si Clara de él, — me alentaria aun la esperanza que ahora me alienta, y que me empuja hasta los pies del señor vizconde.

No podia expresar Rosendo este sentimiento delicado, con más distincion, y profundidad, y esquisita finura como lo expresó;—de modo que mi altivez de raza cedió ante la admiracion de aquel carácter entero, completamente varonil y amante á la vez.

—El primer caso no puede darse—le dije— porque yo soy un hombre casado; y aun cuando esta no fuera suficiente razon, señor Rosendo, para tranquilizar á V, si lo será el que yo, no solo soy caballero de raza, sinó de sentimientos.

—Si no tuviera esa conviccion—se apresuró á decirme Rosendo—yo no hubiera solicitado esta entrevista.

—Tampoco puede darse el segundo caso, Señor Rosendo—le dije— porque entónces ¿á dónde conduciria á Clara semejante pasion por mí? á la tumba. La tumba seria el único término de su amor sin que yo pudiera evitarlo.

El joven cazador me miró dolorosamente: dos gruesas lágrimas brillaron en sus párpados. Quiso hablarme y no pudo. Muy violento tenia que ser para él, decirme sin duda lo que se le ocurría.

—Hable V... le dije tiernamente para aientarle. Es V. un hombre honrado, me interesa el estado de su alma, y quiero oírle.

Sus lábios se agitaron para hablarme, pero no articuló sonido alguno. Sus ojos, fijos en mi tristísima y profundamente, me hablaban al parecer más que sus lábios. La lucha era horrible en aquella alma desconsolada.

—Hable V, Rosendo;—volví á repetirle cariñosamente—¿qué desea V. de mí? dígamelo V, Rosendo!

—¿Y si pido, si imploro demasiado, señor vizconde?

—Nunca será mucho si hago su felicidad y la de Clara.

—Oh! de seguro que la haria V, señor vizconde!

—Hable V, pues.

—Temo... temo implorar de V. lo que deseo. ¿Quién soy yo, señor vizconde, para exigir nada de V? ¿Con qué derecho pudiera dictarle que siguiera esta ó la otra conducta en un asunto como el que nos ocupa?

—No importa. Yo lo autorizo á V. para que me pida cuanto juzgue V. conveniente á su felicidad y á la de Clara.

Rosendo no despegó sus lábios. Inclino la vista al suelo ó más bien sobre su sombrero, que daba vueltas entre sus manos como un autómeta.

Grave debía ser lo que deseaba de mí, ó su cordedad mucha en aquellos instantes supremos. Esto mismo redoblaba mi curiosidad.

—Vamos á ver, Rosendo—le dije con familiaridad—¿qué desea V. de mí en esta ocasion? ¿qué no vuelva más á Peña de Foleche?...

—Más que todo eso, señor vizconde: es mucho más lo que desearia por la felicidad de Clara y mi felicidad.

—¿Qué es, pues? ¿Qué hable á Clara en favor de V?

—¡Oh, nada de eso, señor vizconde!

Y al decir esto me midió de arriba á bajo con una mirada de profunda altanería, como si á ese precio ni aún quisiera la vida.

—¿Qué desea V, pues?—prorrumpi yo á la vez en un arranque de soberbia que no pude dominar.

—El señor vizconde—dijo entónces Rosendo—es aficionado á viajar. Y como aficionado á viajar, nadie estrañaria que una vez que murió su señor padre el conde de la Rua, determinase hacer un viaje lejos, lejos...

—Ah!!—exclamé comprendiendo lo que deseaba de mí.

Y tuve que apoyarme en el sillón porque la cabeza me giró sobre los hombros como si fuera á desvanecerme de angustia.

—Comprendo... comprendo perfectamente á V., señor Rosendo. Ausencias causan olvido ¿no es esto?

—Eso!... eso, señor!!—exclamó el joven cazador de Celavente extendiendo hácia mí sus brazos en ademan de súplica,—eso!... eso!!

Y todo él era intelectualidad, luz, vida, en aquel instante. Todo él aparecia iluminado, transfigurado por el deseo ardiente, luminoso que conmovia los senos de su alma y que no habia acertado á formular completamente.

Yo seguí mudo, estático. La imagen de Clara, más sonriente de amor que nunca, se fotografiaba en mi memoria como para ayudarme á luchar: parecia sentir su aliento virginal en mi misma boca; el fluido luminoso de sus ojos azules en los míos. su alma inocente en fin en mi alma desolada. A la idea de dejarla, conocí que mi pasion por ella no era un deseo vulgar y grosero, y si una pasion verdadera y pura. En aquellos segundos que permanecí mudo ¡qué de ideas cruzaron mi mente! Si no accedia á la

stúplica de Rosendo, una catástrofe; y si accedía... me consideraba el más miserable de los hombres, cuando precisamente esa misma bondad me ennoblecía como nunca.

Luché y reluché cuanto no es decible, —y por fin saqué el reloj y le dije á Rosendo:—Son las diez de la mañana, y voy á almorzar. De aquí á dos horas pues, saldré de Fontey conforme á sus deseos de V, pues ni Clara ni nadie sabrán porque pueblos viajaré desde hoy. Cuando sepa—que lo sabré por el doctor—su casamiento de V. con ella, entónces volveré... ó no volveré!

Y como al decir esto, sentí que mi voz se debilitaba y mis ojos se humedecían, me levanté con resolución tendiéndole la mano al jóven cazador.

Rosendo me la estrechó entre las suyas con tal efusion que quería hablar y no podía. Era él así; una de esas naturalezas formidables, exuberantes de vida y de pasión, para quienes las frases están de más,—naturalezas vigorosísimas que hablan solo al verlas, si nos es posible expresarnos de este modo.

## XXI.

## En Compostela, en la Coruña y en el Ferrol.

A las dos horas, pues, salía yo de Fontey camino de Monforte de Lemos, para dirigirme desde allí á Compostela, Coruña, Ferrol, á todas esas poblaciones de Galicia que no conocía,—cosa rara en verdad; pues siendo gallego y habiéndome criado en el país, más sabía las calles de Cadiz, Madrid, Málaga, Granada, Barcelona, Paris, Génova, Nápoles etc. que las de nuestras primeras ciudades.

Con tal que yo estuviera lejos del Sil, cumplía mi palabra; y visitando, pues, nuestras poblaciones galáicas estaba tan lejos de él como si me hallara en Barcelona ó Paris para el caso,—porque la comunicación entre sí de las ciudades de Galicia, raya en lo inverosímil. Por otra parte,—para contrarrestar el amor de Clara,—era indispensable que yo me ocupara de amórís: esto en mi comarca rayaría en escándalo, pero en pueblos donde no se me conociera, no. Iba, pues, deseoso de engolfarme nuevamente en el mundo de las aventuras amorosas, teniendo bellas é interesantes queridas á quienes tomara con la misma facilidad que las dejaría. Todo esto era preciso, si había de olvidar á la desdichada aureana, y hacerla feliz en los brazos del pobre cazador de Celavente.

Cuando llegué á la altura del desmoronado castillo feudal de Quiroga,—no pude menos de volver la cabeza hácia el Sil, que seguía su magestuosa marcha á mi izquierda. Momentos más, ya no lo vería. Ah! confieso—¿por qué no confesarlo?—que no pude mirar directamente hácia Barrio ó Peña de Foleche, cuyas cumbres azuladas ondulaban en la lontananza entre los transparentes vapores de la mañana, pues los ojos se me arrasaron de lágrimas. Hubo un instante que quise espolear al caballo para volverme á Fontey, pero la vida de Clara y de Rosendo Merlan, dependían de seguir ó no para Monforte,—y espoleé el caballo, salvé las aguas del Lor, y me dirigí á las márgenes del Cave, seguido de un camarero que conducía mi equipaje en dos caballerías.

## I.

## Aventuras en Compostela: viaje á Pontevedra en tren de recreo.

Desde Monforte me dirigí á Mellid, y de Mellid á Santiago ó Compostela.

¡Qué horrible me pareció esta ciudad! Por más que paseaba por sus encrucijadas ó *ruas*, siempre me encontraba en su alameda ó Santa Susana: sólo

allí respiraba ó parecía respirar: al pasear en su renombrada rua del Villar, me ahogaba, bajo aquellos soportales que parecen claustros de convento antiguo: las poblaciones levíticas lo son en sus menores detalles,—y Compostela, á pesar de sus estudiantes, es una ciudad así, enteramente *aclausturada*, negra, aconchada, *revuelta sobre sus hombros*—la catedral y la universidad—*como un hábito sacerdotal que se defiende de la lluvia*.

Al anochecer no se veía cruzar á nadie sino á esa especie de público vergonzante que huye de la luz,—sus cafés pocos, oscuros y desiertos,—su teatro cerrado,—el alumbrado, verdadero alumbrado municipal. Para ver sus mugeres, había que ir por las mañanas á sus mil iglesias,—y esto me entristecía: no me place el amor entre cantos bíblicos; me place más entre los cánticos profanos de Verdi ó Donizetti. Quejándome de esto con un comandante que vivía en mi misma fonda, me dijo:—Compostela, es como todas, una ciudad de gallos, gallipollos, y pollos. Pero, en ella, los gallos son los canónigos, los gallipollos los demás sacerdotes y catedráticos, y los pollos los estudiantes. Los gallos, al cantar gravemente *ca, caracat*, dicen respecto á mugeres: *yo, cuando quiero*; los gallipollos, al cantar más sonoramente *ca, carquiri*, dicen: *yo, cuando puedo*; y los pollos, al cantar: *qui quiriqui*, dicen: *dichosos ustedes*.

Encontré acertada esta definición ingeniosa de la vida de amor en Compostela,—y me decidí á madrugar para ir de templo en templo á caza de alguna sirena encantadora. Era preciso olvidar á la aureana, y como dice el vulgo, un clavo saca otro clavo.

Madrugué por fin, y me instalé en la catedral. Si viejas hay en el mundo, yo creo que todas entraron allí, y saliaburrido. Refiriéndole esto á mi compañero de fonda, me dijo:

—Toma: por eso decía un predicador con oportunidad, refiriéndose á las beatas: ¡Ah bribonas! despues que dejais la carne en el mundo, nos traeis los *huesos* á la iglesia!

Nadie como los militares para definir la vida social de los pueblos,—y yo encontré no ménos ingenioso que el otro, este rasgo filosófico-moral del comandante.

—Pero, no hay que desanimar—me dijo—porque entre las espinas están las flores: la sociedad, respecto á mugeres, es un gran rosal: al lado de la flor que vá deshojándose, otra asoma su capullo. Con que... á buscar capullos, *marchen*.

Y cogiéndome del brazo, nos dirigimos otra vez á la catedral.

Mi compañero se perdió bien pronto entre sus sombrías y elevadas bóvedas tras de una enlutada de quince años, pero que parecía tener el Etna en sus ojos; una mogigata ardiente, arrebataadora, peligrosa... pero no peligrosa para un militar porque estos cortan por lo sano con su célebre *tanto monta, monta tanto* de los impíos reyes católicos,—aquellos reyes católicos de entrañas de hiena, que establecieron la inquisición en España para achicharrar al que no quisiera adorar á Dios de ésta y la otra manera, por más que las víctimas adorasen á la divinidad *más que ellos*.

Yo me quedé pegado á una columna, como un estudiante novato.

De pronto, una beata que estaba á mis piés, recogió con buenos modos la falda de su vestido que yo le pisaba inadvertidamente;—y digo con buenos modos, porque para hacerlo, casi me tocaba las pantorrillas con dulzura, como si se insinuara.

Me fiije en ella.

Era un tipo de muger... que daba la hora. Bus-

to de libras, hermosamente tallado; con unos ojos, una frente, unas megillas, una garganta, un pecho, una boca... pero que boca!... toda ella parecía la encarnación de María de Ulloa, la célebre manceba de un arzobispo de Compostela (1).

Como estaba arrodillada, me arrodillé á la vez para contemplarla más á mi gusto;—y como las sombras de la catedral me favorecían, acerquéme casi á la camelia rosa de su rostro para decirle parte de lo que yo sentía por ella en aquel instante.

Fué reconocida á mi ternura.

—No me comprometa V. me contestó mirando á la vez para su devocionario y para el altar como si rezara,—váyase V. de aquí, espéreme en los soportales de la Rta del Villar y sígame á los veinte pasos, cera de enfrente á la que yo siga.

Cómo no obedecerla! Yo me levanté, y salí de la oscura catedral para esperarla en la Rua del Villar, á campo abierto y á guerra galana.

No tardé mucho en ver pasar á mi enlutada, fresca, rosada, palpitante como la Fornarina de Michel Angelo.

Seguila segun la consigna,—y entró en un portal de la misma calle.

Precipíteme en el portal, pero ¡no ví en él á nadie!

Creí volverme loco al pronto, temiendo ser víctima de una burla horrible; pero dirigiéndome desatentado á la escalera la subí á grandes saltos, y respiré de felicidad al ver á mi enlutada inmóvil en el primer descanso, con un dedo en la boca como imponiéndome silencio y moderación.

Ni una palabra me dijo, ni yo proferí alguna temblando como estaba de febril ardor; pero ella, sacó seguidamente un llavín y abrió la puerta del primer piso de aquella casa.

Entramos.

Era un corredor que conducía á la sala, por un lado, y por otro á la cocina y al comedor.

Aquella hermosa muger me señaló la sala, empujándome hácia ella suavemente, y luego se dirigió hácia el comedor:—Ambos estábamos azorados, como si fuéramos dos niños robando fruta en cercano ajeno.

Mi enlutada volvió en seguida á la sala, y murmuró dulcemente:

—He ido á avisar á la criada, por si viene el canónigo estando V. aquí.

No me podía decir en ménos palabras, su historia: esto es, que era el ama de un canónigo.

En seguida, dobló la mantilla, se sentó á mi lado en el sofá, y tendiéndome una mano que estreché arrebatado entre las mias, murmuró con encantadora zozobra.

—Ay! si se sabe esto!...

Al entreabrir la rosa de su boca cerca de mi para dirigirme estas palabras de infinita ternura, su aliento ó jazmín delicioso de sus lábios, me acabó de trastornar. Oh! aquella muger, era verdaderamente *bocato di cardinali*!

Persisto en estos detalles de amor ó más bien de voluptuosidad, para que se vea que por muy ena-

morado que esté un hombre de una muger, si se presenta otra que valga la pena... *addio tutti*. Por más que se diga lo contrario, es preciso convenir en que si la muger es débil, nosotros lo somos más. No es decir con esto, que si un hombre ama á una muger más que el Dante á su *Beatrice*, porque caiga en brazos de otra, olvidara por eso al Angel de su amor. Lo olvidará si, pero por un pronto: la reacción erótica es luego súbita, si no concurren otras causas superiores. Yo amaba á Clara: por ella, por su felicidad sufría las contrariedades fastidiosas de un viaje por Galicia á *fortiori*,—pero, por eso, si tenía sed... ¿no habia de beber un vaso de agua? Si os dicen que hay amores que sacan las ganas de comer y de beber, no lo creais: la voz de la naturaleza es tan elocuente como irresistible. Por otra parte—yo lanzándome de nuevo, al torbellino de las aventuras palpitantes, estaba entónces *en character*, como se dice de los actores. ¿No trataba de olvidarme de la pobre aureana, cuyo amor me era imposible aceptar siendo casado como era? ¿Y entónces? que cosa mejor que lo que hacia, si en efecto un clavo saca á otro clavo?

Para las bellas que me lean, mi conducta será horrible, porque amando á Clara debia ser *consecuente*, es decir no mirar á muger alguna: al ménos esto es lo que están acostumbradas á ver en las novelas dirigidas á un público *inocente*. Pero para los moralistas que me lean, mi conducta no podia ser más laudable entónces, puesto que lanzándome á aventuras amorosas con las *sirenas* que encontrara en el océano de la vida, de este modo conseguiria desfierrar de mi memoria la imagen pudorósima de una pobre aldeana, que no habia de ser mi muger y si al vez de otro, y á quien podria perder como un demonio, si persistiera en *melancolizarme* de amor por ella orillas del voluptuoso Sil.—Mirándolo, pues, bien; mi conducta era sumamente moral en el fondo, por más que parezca sobrado in-moral en la forma.

—Ay! si se sabe esto!—volvió á decirme el ama del canónigo temblorosa, acercando el caliz de su boca casi á mis lábios... embolviéndome en fin en torrentes de fuego, porque no parecia sinó que mis venas se inundaban de abrasadora lava en aquellos instantes de voluptuosa dicha.

—¿Y qué?... le dije encendido como la grana—¿qué tiene de particular que hagamos los dos un viaje á Pontevedra y otro á Vigo, en alas de la delectabilidad con que nos vimos por vez primera?

—Oh! si... si...!—murmuró con emoción—viajemos... viajemos...

Y asiéndome de la mano con amante vivacidad y hechicera coqueteria, me condujo al wagon.

Empezó á andar el tren ascendente,—y empezamos á viajar volando en las alas vertiginosas y expansivas del deseo: cuando llegamos á Pontevedra, quedamos rendidos de posesion y de gloria, envueltos en una nube de nácara; quedamos enteramente deleitados con la hermosura de su Lérez, y apenas respirábamos de deleitación.

—Hagámos otro viaje á Vigo!...—murmuré poco despues.

Pero ¡oh fatalidad! cuando empezó á andar otra vez el tren en las alas voluptuosas del amor,—y volábamos sensualmente, y remontábamos las esferas entre celages y arreboles como diria el gongorino Castelar,—un fuerte campanillazo resonó en la puerta de la casa.

—Es el canónigo!—exclamó despavorida mi enlutada.

Y paró el tren como por encanto.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

(1) María de Ulloa, hermosísima muger, hermana de Sancho de Ulloa, conde de Monterrey, estuvo muchos años amancebada con el arzobispo de Santiago Alonso Fonseca, II de este nombre;—del cual tuvo un hijo que, también lleó á ser arzobispo de Compostela con el nombre de Alonso Fonseca, III de este nombre.

De estos amores escandalosos, que dan asunto para un gran drama ó romántica novela, hablan las crónicas de Galicia, y en particular Vasco de Aponte. Es raro que nuestros poetas no se ocuparan de esto. ¡Bien que nuestra literatura galaica aun se esboza tímidamente temerosa de la influencia clerical! Sólo D. José Rua de Figueroa tuvo valor en 1840, para luchar contra esa influencia perniciosa, escribiendo su bellissimo drama galaico *PERNAN PEREZ CHURRUHAO*, qó el arzobispo D. Suero.